

por qué soy como soy

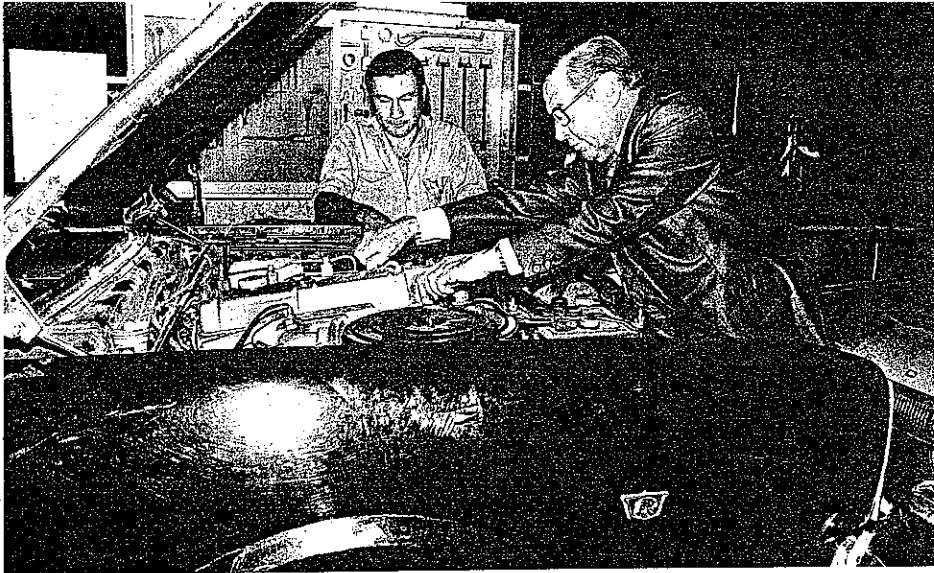
ALBERTO J. ARMANDO

“Digo lo que pienso; no pienso lo que digo.
Esta parece ser la razón primera de por qué
Alberto J. Armando es como es:
un hombre auténtico, sincero; un hombre con
ganas de servir, más que
a sí mismo, a la comunidad, a su país.

Su relato trata de
apuntalar sus afirmaciones.

ARMANDO GARCIA 12-3-71





"Cuando trabajo siento que me divierto; las quince o dieciséis horas diarias que gasto en hacer mis cosas se me hacen cortas y alegres. Se puede decir que esa es la única diferencia que

Por DIEGO BARACCHINI

"Soy un hombre común como todos los hombres de mi país. Un hombre con inquietudes, con deseos de hacer cosas. Aunque creo que del común me rescata una diferencia: muchos entran a trabajar a las ocho de la mañana, a las doce menos un minuto están apurados por irse, vuelven a las dos o a las tres y completan las ocho horas reglamentarias, cansados, aburridos... y todo, ¿por qué? porque piensan que están trabajando. Yo, en cambio, siento que me divierto; las quince o dieciséis horas diarias que gasto en hacer mis cosas se me hacen cortas y alegres. Esa es la única diferencia que encuentro entre lo que soy y lo que son los otros, los que están en mis mismas condiciones, los que gozan de las mismas posibilidades que yo. Es tremendo pensar que uno trabaja ocho horas: si yo lo hiciera, sufriría cada día. ¡Sentirlo así es un castigo bíblico!

Otra de las cosas que creo me diferencian de la inmensa mayoría es que yo digo lo que pienso (otros piensan lo que dicen): y allí también el origen de las encarnizadas polémicas que hay que sostener, más aún cuando uno es el presidente de un club como Boca Juniors y sus declaraciones —de cualquier tenor y tipo— adquieren dimensiones trascendentes. Hace un tiempo, por ejemplo, se me ocurrió decir —sin querer, ni por asomo, darle la importancia que adquirió— que el 25 de mayo de 1975, a las 11 de la mañana, Boca inauguraría su nuevo estadio. Más tarde, en Mar del Plata, agregué: ¡Y con una tercera! Cuando me preguntaron: ¿Y por qué con una tercera?, contesté: ¡Porque quiero que ese día gane! Sostuve y sostengo que lo dije sin ninguna intención, pero todavía hoy me salen con un ¡Así que juegan con una tercera...! Bueno, esas son cosas que nadie puede evitar porque uno es como es: sincero, auténtico, sin vueltas.

De chico era como soy ahora: alguien con inquietudes, con deseos de avanzar, de hacer cosas, de llevarme el mundo por delante. Soy de los que dicen siempre que el avanzar trae como consecuencia el crear enemistades: el que anda en un Dodge GTX, ocho cilindros, cuatro velocidades, a ciento ochenta kilómetros por hora le echa tierra al que anda en sulky; aunque no quiera; simplemente por el hecho de que el primero está en la nueva era y por necesidad tiene que pasarlo y tomar la delantera. Más tarde, el del Dodge engrosará la lista de malos recuerdos del que fue pasado.

De pibe hacía fuerza por tomar, en cada ocasión, la delantera. Entré a trabajar en el negocio automotor en 1924, cuando sólo tenía catorce años: me desempeñaba como lavador de automóviles; a los noventa días ya había pasado la sección taller y estaba en el departamento de repuestos; al año y medio, en 1926, había lle-

gado a vendedor de la concesionaria. Cinco años más tarde fui nombrado gerente. En 1943 me independicé. Desde niño mantuve la misma inquietud, la misma voluntad de avanzar y eso lo apliqué a todos los órdenes de la vida.

Eché tierra, sí. Todos los días echamos tierra, queriendo o sin querer. No me gustaría recordar a los que quedaron atrás. Prefiero acordarme de los hombres que me ayudaron a avanzar. Por ejemplo, de mi primer empleador: Rafael Luciano. Por ese entonces, tuve la posibilidad de dos puestos: uno en un almacén de ramos generales y otro en una concesionaria de automóviles; en el primero me ofrecían cuarenta pesos mensuales y en el segundo, treinta y cinco. Si yo hubiese aceptado el empleo del almacén me habría resultado sumamente fácil pesar azúcar, yerba, café o harina, porque mi padre había tenido tienda de ramos generales. Sin embargo, desprecié los cinco pesos más de sueldo y elegí la concesionaria, cuyo gerente era, precisamente, Rafael Luciano. Algo me decía que allí iba a tener más porvenir.

Mucha gente asegura que siempre fui un visionario. Creo que en esta oportunidad no fue esa cualidad la que me orientó, sino el simple hecho de que me gustaba manejar automóviles. ¡Y eso bien valía cinco pesos... y mis mayores esfuerzos!

Otro de los hombres que me dieron la gran oportunidad —quizás la persona más importante de mi vida— fue Alberto Pavone, concesionario de Ford en San Francisco, Córdoba, quien, ni bien terminó el servicio militar, me brindó la posibilidad de ser gerente de la concesionaria de Zenón Pereyra, provincia de Santa Fe... A mí me gusta más recordar a los que me ayudaron que a los que, sin querer o queriendo, les eché tierra.

Mi hogar fue un hogar feliz. Generalmente, los hijos reconocemos los valores de nuestros padres cuando los perdemos. Pero yo los valoré siempre, porque mi padre más que un padre fue un compañero, un amigo. A pesar de que lo perdí muy pronto: cuando murió yo tenía catorce años. Sin embargo, desde pequeño lo comprendí y supe que su mayor ambición era orientarme por el buen camino. De la misma manera que mi madre, a quien perdí cuarenta y cinco días antes que a mi padre. La educación que me dejaron colaboré decididamente en lo que hace a mi espíritu de lucha durante toda la vida. Fue la base que, juntamente con el trabajo, determinó en mí un tipo de conducta que, sin ser quizás ejemplar, no creo que sea mala.

Como dije, soy un hombre común, un hombre con ganas de servir, más que a sí mismo, a la comunidad, a su país. Porque a la Argentina la siento muy dentro y trato, por todos los medios, de que mi acción sirva de ejemplo para que otros apresuren los hechos que todos los argentinos esperamos ansiosamente. Mi acción desde éste, mi puesto, y no desde el sillón presidencial donde

me ubican las preguntas de periodistas intencionados y los comentarios de amigos fanáticos. Yo soy apolítico, aunque no me gusta afirmar categóricamente que lo soy, porque no creo que nadie lo sea en su totalidad: todos usamos un poco la política. Yo la empleo para vender un automóvil o para comunicarme con mi mujer o con mi hija o con mi pieta. Pero no siento ni estoy en la política del gobernante de un país. Aunque alguna vez haya afirmado que no creo que exista un argentino que rechace la oportunidad de ser presidente de la República. Si a mí se me presentara esa oportunidad sería porque ella vino a mi encuentro y no porque yo salí a buscarla. Hasta ahora no han sido nada más que expresiones tales como ¿Usted quiere ser? o ¿Usted podría ser? pero eso corre por cuenta de los que me preguntan y no por cuenta mía, en la que no cabe ni como anhelo ni como necesidad ni como punto de llegada de una actuación que en otro orden, es sobresaliente. Pero repito: ningún argentino debe renegar de la posibilidad de ser presidente o de desempeñar cualquier otra función gubernamental.

Otra cualidad que me caracteriza es el sentimentalismo: soy un gran sentimental y eso es lo que, a veces, choca con mi forma de parecer más que con la de ser. Hay gente que cree que soy duro, egoísta; esa clase de tipo que aquí, comúnmente, llamamos dictador. No soy duro; mucho menos dictador. Lo que pasa es que me gusta el orden, y el orden lo encierra a uno en una especie de molde de ser no demasiado democrático. Pocos entienden que la democracia es el orden, la organización, la disciplina y la ley. El sentimentalismo me traicionó algunas veces con los que no pensaban así, pero gracias a Dios soy de reacciones rápidas y sé ubicar el momento en que los sentimientos me alejan de la realidad en que debe vivir el hombre en el mundo de hoy o a la vida la vivo sin libreto, sin preparaciones previas, diciendo siempre lo que pienso. De la misma manera en que viví el personaje de la película *Paula contra la mitad más uno*, en la que acepté actuar con la única condición: sin libreto. En mis tres apariciones respondo a los requerimientos de la situación con la misma naturalidad y la misma lógica con que, en este momento, estoy relatando por qué soy como soy. Porque nunca acepté ni guiones ni cuestionarios: dejaría de ser yo. Pienso que el hombre debe ser auténtico y no debe de ninguna manera defraudar a los que lo creen así.

La película fue una buena experiencia. Allí interpreto al presidente de Boca —mi propio personaje— en el momento en que el cuadro debe jugar contra su clásico rival. Mi primera aparición es en la Ciudad Deportiva, donde se presentan los secuestradores del equipo; más tarde, atendiendo un llamado telefónico y, finalmente, intervengo en la visita que me hace la banda para pedir la suma del rescate. Al libreto ni lo quise ver: respondí al papel de acuerdo con lo que



encuentro entre lo que soy y lo que son los otros."

yo haría en esa misma situación. Los productores quedaron muy contentos.

Mi vida toda está hecha de recuerdos importantes. Desde mi niñez hasta ahora he vivido situaciones muy felices. En el campo deportivo no sólo he hecho fútbol; he sido, también, un discreto jugador de básquet y he corrido autos. Es aquí precisamente donde encontré las mayores satisfacciones. Y luego, por lógica, el honor que me ha significado y me significa la presidencia de Boca y la dirección de la fantástica obra en que estamos empeñados: una ciudad deportiva que abarca el anhelo mayor de mi carrera y la satisfacción más grande que significa que doscientas diez mil personas hayan creído en mí y hayan invertido más de ocho mil millones de pesos en la compra de títulos. Y ahora, las veinticinco mil que están preparadas para adquirir las veinticinco mil plateas que posibilitarán la construcción del estadio y facilitarán al país —que es lo que importa— una obra monumental, sin pensar que es el gobierno el que debe hacer siempre las grandes acciones.

Hago cosas; es cierto. Y allí hay que buscar las razones de esa promoción personal que se me hace y que tanto preocupa a mis detractores. Hay gente que dice rechazar la popularidad. A pesar de sus desventajas, a mí me gusta; lo confieso. Me gusta que la gente me conozca, que sepa quién soy. Casi me da rabia cuando alguien no me reconoce.

Mis emociones en el aspecto empresario quedan empalidecidas ante lo que quiero contar: desde 1924, en que ingresé al negocio automotor, soñé con tener una concesionaria con cuatro chimeneas que ostentaran respectivamente una F, una O, una R y una D. La tuve y me mantuve ligado a ella durante cuarenta y cinco años. No creo que ningún otro hombre se hubiese animado, después de tanto tiempo, al gran cambio. Yo me animé y aquí estoy, tan exitoso como ayer: Ford por Dodge. Quiero demostrar con esto que los hombres que tienen personalidad la ponen de manifiesto en cualquier ocasión y a cualquier precio. A mí se me conoció durante mucho tiempo como el Henry Ford argentino. Hasta en mi propio pueblo, algunos ignoraban mi verdadero nombre. Hoy me llamo de otra manera, pero tengo la misma personalidad que hizo que Alberto J. Armando penetrara en la confianza y en la fe de la gente. Hoy, ciento sesenta personas que estaban esperando una marca de automóviles que yo les había vendido aceptan otra sin chistar. ¿Por qué? Porque saben quién soy. Ellos podrían responder el interrogante *Por qué soy como soy.*

Soy como soy porque así nací, porque mi propia naturaleza me obliga a mostrarme auténtico y decir siempre lo que pienso. Porque a los argentinos les gusta que sea de esa manera: que se les diga lo que se piensa y no que se piense lo que conviene decirles. Además, que se les hable con días, horas y minutos para cada realización. Como hago yo." ●

Fotos: JORGE MOREAU



